

# La barraca

Vicente Blasco Ibáñez



# La barraca

Vicente Blasco Ibáñez

Adaptación de Vicente Muñoz Puelles

MUESTRA  
WEB



© ES PROPIEDAD

De esta edición: Tabarca Llibres, 2021

Avda. Ausiàs March, 184 - 46026 València

Telf. 963 186 007

[www.tabarcallibres.com](http://www.tabarcallibres.com)

[info@tabarcallibres.com](mailto:info@tabarcallibres.com)

© de la introducción, adaptación y guía de lectura: Vicente Muñoz Puelles

Diseño interior: Equipo Tabarca

Edición: Equipo Tabarca

Diseño e ilustración cubierta: Nina Llorens

I.S.B.N.: 978-84-8025-516-5

Depósito legal: V-881-2021

Impresión: Gráficas Leitzarán

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



## Índice

INTRODUCCIÓN	6
El autor de <i>La barraca</i>	6
Vicente Blasco Ibáñez, un novelista para el mundo	13
Esta edición	17
LA BARRACA	19
Capítulo I	20
Capítulo II	28
Capítulo III	40
Capítulo IV	47
Capítulo V	57
Capítulo VI	67
Capítulo VII	76
Capítulo VIII	86
Capítulo IX	95
Capítulo X	105
ACTIVIDADES: Mi diálogo con la novela	117
1. Estudio de la obra	118
Contexto literario	118
Motivos y temas	121
Estructura y técnica narrativa	123
2. Educación en valores	124
3. A manera de síntesis	125
EL AUTOR	127

MUESTRA  
WEB

# INTRODUCCIÓN

## EL AUTOR DE LA BARRACA

Vicente Blasco Ibáñez nació el 29 de enero de 1867 en Valencia, en la calle de la Jabonería Nueva, número 8, en una tienda de ultramarinos con entresuelo, cerca de la actual edificación modernista del Mercado Central, cuyo emplazamiento ocupaba entonces un vasto y bullicioso conjunto de tenderetes, puestos ambulantes y viejos toldos, que temblaban al menor soplo de viento.

Ese mercado, que «es para Valencia vientre y pulmón a un tiempo», en palabras del propio Blasco Ibáñez, constituye el escenario de *Arroz y tartana*, primera novela de la que el joven escritor se sintió satisfecho, y sirve de trasfondo de las otras novelas que integran el llamado ciclo valenciano: *Flor de mayo*, *La barraca*, *Entre naranjos* y *Cañas y barro*.

Tanto la madre del futuro escritor, Ramona Ibáñez Martínez, como el padre, Gaspar Blasco Teruel, procedían de Aragón, y habían emigrado a Valencia siendo muy jóvenes, en busca de fortuna. Con sus ahorros habían comprado la tienda de ultramarinos, que les servía también de vivienda, y se habían casado un año antes de que naciera su hijo.

En *Arroz y tartana*, Blasco Ibáñez atribuye a los inmigrantes aragoneses que llegaban a Valencia una artimaña para desprenderse de sus hijos, que pudo ocurrir ocasionalmente:

«Vagaban padre e hijos aturcidos por el ruido de la venta, estrujados por los codazos de la muchedumbre, e, insensiblemente, atraídos por una fuerza misteriosa, iban a detenerse en las escalinatas de la Lonja, frente a la famosa fachada de los Santos Juanes. La original veleta, el famoso “Pardalot”, giraba majestuosamente.

—¡Mía, *chiquío*, qué pájaro! ¡Cómo se menea! —decía el padre.

Y cuando el cerril retoño estaba más encantado en la contemplación de una maravilla nunca vista en el lugar, el autor de sus días se escurría entre el gentío, y al volver el muchacho en sí, ya su padre salía montado en el macho por la Puerta de Serranos, con la conciencia satisfecha de haber puesto al chico en el camino de la fortuna.»<sup>1</sup>

1 Blasco Ibáñez, Vicente. *Arroz y tartana*. 1894. La novela se publicó por entregas en el diario *El Pueblo*, dirigido por el propio Blasco Ibáñez, antes de aparecer como libro ese mismo año en F. Sempere y compañía, editores.

El autor nos informa de que el chiquillo lloraba desconsolado, hasta que algún comerciante de la zona se compadecía y lo colocaba de aprendiz en su tienda.

Era una época convulsa. En 1873, el rey Amadeo I había renunciado al trono de España, y se había proclamado la República. Ese mismo año estalló la rebelión cantonal. La protagonizaban los republicanos federales llamados "intransigentes", que entendían la República como una nueva revolución y habían tomado el poder en muchos lugares. No reconocían el Gobierno central, porque era un Gobierno de coalición con los antiguos monárquicos, y tildaban de tibios a los "republicanos de Madrid". La ciudad de Valencia, donde el partido federal había cobrado auge, fue bombardeada por los cañones del general Martínez Campos.

La rebelión cantonal fracasó. El 3 de enero de 1874, las Cortes y la Primera República fueron disueltas por las tropas del general Pavía. Alfonso XII se proclamó rey y empezó el período histórico que conocemos como Restauración.

Según contaba el propio Blasco, uno de sus primeros recuerdos fue ver su calle desempedrada, cerrada por montones de adoquines que servían de barricadas. También recordaba el entusiasmo popular, los disparos y las conversaciones de los animosos guerrilleros. No es de extrañar, pues, que su ideario político siempre fuera republicano, ni que se considerase a sí mismo un escritor revolucionario.

Contamos con abundantísimo material autobiográfico del propio Blasco. Dejemos, pues, que sea él mismo quien nos cuente sus primeros años, tal como los resumió en una carta a Isidro López Lapuya:

«Nací en Valencia, patria de Sorolla y de Benlliure, y soy hijo de un comerciante de familia aragonesa, como el propio Sorolla. Si en mis orígenes se hubiera de hablar de influjo árabe, habría que buscarlo, pues, más por el lado de Aragón que no por el de Valencia. A la edad de doce años comencé a ejercitarme en el arte de escribir. A los catorce tenía escrita una novela, de las de capa y espada. Fue cuando vine a Madrid huyendo de la casa paterna. Sufrí hambre y miseria; mas di con el viejo novelista Manuel Fernández y González, el cual me tomó por secretario, colaborando entonces con él en sus últimas obras, es decir, escribiendo varios capítulos de ellas conforme al plan por él trazado. Habiéndome hecho buscar por la Policía mi familia, volví a Valencia al cabo de unos seis meses, tomando desde aquella época parte muy activa en la política republicana, si bien estudiando, con poquísimo celo en la Universidad, de la que acabaron por expulsarme, lo cual no impidió que me aprobaran de abogado.

»Hubieran sido mis deseos entrar en la Marina de guerra; pero, por voluntad de mi madre, tuve que seguir la carrera, más pacífica, de Derecho. Mis primeros estudios los hice en un colegio de curas y recibí una educación estrictamente religiosa. Por mis lecturas me fui formando, poco a poco, una mentalidad muy diferente a la del ambiente en que vivía. Teniendo gran afición a la lectura, me posesionaba de cuantas obras caían en mis manos, entre ellas la *Vida de Jesús*, de Ernest Renan, y varios tomos de Pi y Margall, mi futuro jefe.

»No se puede decir que perdiera ningún curso, pues unas semanas antes de los exámenes lo tomaba todo de memoria, con una facilidad tremenda, para olvidarlo todo después. Si no asistía a las aulas universitarias, en cambio me pasaba las mañanas, las más de las veces, vagando por los caprichosos senderos de la vega valenciana, cuando no tendido a la sombra de una vieja barca, contemplando el juego de las espumas marinas y soñando con el cisne de Lohengrin... Cuando, de tarde en tarde, aparecía yo en el claustro de la Universidad, se ponían los bedeles en guardia: «¡Ave de mal agüero, anunciador de tempestades!», decían.

»Era todavía estudiante cuando, por una de las pocas poesías que he escrito en mi vida, tuve que sentarme en el banquillo de los acusados, reo del delito de lesa majestad. Era nada menos que un soneto, y un soneto contra los reyes, todos los reyes del mundo. En vista de mi edad, me indultaron de la pena de seis meses de arresto, o, por mejor decir, el Tribunal de Madrid anuló la sentencia por tratarse de un pillo de unos dieciséis o diecisiete años, o quizá tuvieron en cuenta lo malo del soneto.

»Amnistiado y todo, no abandoné, ni mucho menos, la política. En Valencia hubo por aquel entonces muchos disturbios. Era el jefe del partido clerical el marqués de Cerralbo. Era, creo, en 1889. Había izado la bandera inglesa en su residencia. Hubo cargas de caballería, heridos y muertos. Sentía yo con pasión desbordante aquellas luchas por un ideal. Es que soy un agitador, un artista enamorado de la acción, y aquellas conspiraciones novelescas me arrebataban el ánimo. Pero me fue forzoso abandonar aquel peligroso campo de acción. Hui a París, donde me quedé unos dieciocho meses, viviendo en el barrio Latino, estudiando a Balzac y a Zola, y a los escritores naturalistas, yendo a ver a Ruiz Zorrilla, que vivía desterrado en una casa de la avenida de la Grande Armée, rodeado de una corte de correligionarios, entre ellos el famoso Ferrer, y visitado a menudo por radicales franceses, a quienes conocí, entre otros, a Naquet, Vacque-

rie, Lockroy y al mismo Clemenceau. Al mismo tiempo, y para ganarme la vida, componía obras por entregas. Así es como escribí una *Historia de la revolución española en el siglo XIX*, la que, publicada en Barcelona en tres gruesos tomos, enriqueció al editor. Hice también traducciones. Y de aquella época data una novela mía popular, por cierto que muy mala: *La araña negra*, inspirada en *El Judío errante*, de Eugenio Sue.

»Volví a España cuando dieron una amnistía a los presos políticos. El mismo año de mi regreso a Valencia me casé con una parienta mía, huérfana, cuyo padre, don Rafael Blasco y Moreno, había muerto siete años antes, de magistrado, en Castellón de la Plana, siendo en vida un poeta romántico, imitador de Lamartine, y gran coleccionador de cerámica saguntina. De entonces data también mi verdadera actividad literaria, con la fundación de *El Pueblo*. Aquellos años —digo, a partir de 1891— están llenos de aventuras, a veces peligrosas: conspiraciones y viajes de propaganda, mítines y procesos. ¿Cuántas veces suspendieron mi periódico? No lo sabría decir exactamente. Mas, calculando el tiempo que fui a la cárcel por días, semanas y meses, puedo afirmar que la tercera parte de aquel período heroico de mi existencia la pasé a la sombra o huyendo.

»Había escrito los *Cuentos valencianos* para *El Pueblo* cuando, en el otoño de 1893, tuvo lugar la peregrinación a Roma de unos dieciocho mil católicos españoles, llevados por diez obispos y venidos a Valencia para embarcarse. Promoví un motín, de resultas del que me prendieron en Sabadell, a veintitún kilómetros de Barcelona, adonde me había enviado Pi y Margall como candidato a la diputación. Al atravesar las calles de Barcelona entre dos parejas de la Guardia Civil, y a la vista de mi gabán azul y mis flotantes cabellos, me tomaron por un anarquista francés —ya que un mes antes se había arrojado una bomba en el teatro del Liceo— y me apedrearon sañudamente. Conducido a Valencia y hechas las elecciones, me soltaron. Seguí mis campañas de propaganda, al mismo tiempo que escribía para el folletín de *El Pueblo*, y en malísimas condiciones de recogimiento espiritual, *Arroz y tartana* y *Flor de Mayo*, componiendo aquellas novelas, las más de las veces del día, entre los discordes ruidos de una sala de redacción en que iban y venían mis correligionarios, interrumpiéndome a cada paso para pedir informes o dar órdenes.

»En el año 1895, y con ocasión de la guerra de Cuba, suscitó en Valencia grandes manifestaciones contra el Gobierno. Hubo choques sangrientos entre las masas populares y la Guardia Civil, y numerosas bajas por ambas

partes, entre ellas, un oficial gravemente herido. Declarada la región en estado de sitio, tuve que escapar a toda prisa, pues, de no haberlo hecho, me hubieran apresado y ya no existiría a estas horas.»<sup>2</sup>

En otro texto, Vicente Blasco Ibáñez refiere con detalle la continuación del episodio:

«Perseguido por la autoridad militar como presunto autor de aquel suceso, viví escondido algunos días, cambiando varias veces de refugio, mientras mis amigos me preparaban el embarco secreto en un vapor que iba a zarpar para Italia. Uno de mis alojamientos fue en los altos de un despacho de vinos situado cerca del puerto, propiedad de un joven republicano, que vivía con su madre.

»Durante cuatro días permanecí metido en un entresuelo de techo bajo, sin poder asomarme a las ventanas que daban a la calle, por ser esta de gran tránsito y andar la Policía y la Guardia Civil buscándome en la ciudad y sus alrededores. Obligado a permanecer en una habitación interior, completamente solo, leí todos los libros que poseía el tabernero, los cuales no eran muchos ni dignos de interés. Luego, para distraerme, quise escribir, y tuve que emplear los escasos medios que el dueño de la casa pudo poner a mi disposición: una botellita de tinta violeta a guisa de tintero, un portaplumas rojo, como los que se usan en las escuelas, y tres cuadernillos de papel de cartas rayado de azul. Así, escribí en dos tardes un cuento de la huerta valenciana, al que puse por título *Venganza moruna*. Era la historia de unos campos forzosamente yermos, que vi muchas veces, siendo niño, en los alrededores de Valencia, por la parte del cementerio; campos utilizados hace años como solares para la expansión urbana; el relato de una lucha entre labriegos y propietarios, que tuvo por origen un suceso trágico y abundó luego en conflictos y violencias.

»Cuando llegó la hora de mi embarco, en plena noche, disfrazado de marinero, dejé en la taberna todos mis objetos de uso personal y el pequeño fajo de hojas escritas por ambas caras. Vagué tres meses por Italia, volví a España, y un Consejo de guerra me condenó a varios años de presidio. Estuve encerrado más de doce meses, sufriendo los rigores de una severidad intencionada y cruel. Al ser conmutada mi pena, me desterraron a Madrid, sin duda para tenerme el Gobierno de entonces más al alcance de su vigilancia. Finalmente, el pueblo de Valencia me eligió diputado, librándome así de nuevas persecuciones, gracias a la inmunidad parla-

2 Carta enviada a López Lapuya en 1925.

mentaria. Mi campaña electoral consistió principalmente en discursos pronunciados al aire libre, ante muchedumbres enormes.

»Una tarde, después de hablar a los marineros y cargadores del puerto, cuando, terminado mi discurso, tuve que responder a los apretones de manos y los saludos de miles de oyentes, reconocí entre estos al joven que me escondió en su casa. Tuve que acompañarle a la taberna para saludar a su madre y ver la pequeña habitación que me había servido de refugio. Mientras estas buenas gentes recordaban, emocionadas, mi hospedaje en su vivienda, fueron sacando todos los objetos que yo había dejado olvidados. Así, recobré el cuento *Venganza moruna*, volviendo a leerlo aquella noche, con el mismo interés que si lo hubiese escrito otro. Mi primera intención fue enviarlo a *El Liberal*, de Madrid, en el que colaboraba yo casi todas las semanas, publicando un cuento. Luego pensé en la conveniencia de ensanchar este relato, un poco seco y conciso, haciendo de él una novela, y escribí *La barraca*.

»Dirigía yo entonces en Valencia el diario *El Pueblo*, y tal era la pobreza de este periódico de combate, que, por no poder pagar un redactor encargado del servicio telegráfico, tenía el director que trabajar hasta la madrugada, o sea hasta que, redactados los últimos telegramas y ajustado el diario en páginas, entraba, finalmente, en máquina. Solo entonces, fatigado de toda una noche de monótono trabajo periodístico, me era posible dedicarme a la labor creadora del novelista.

»Bajo la luz violácea del amanecer o al resplandor juvenil de un sol recién nacido fui escribiendo los diez capítulos de mi novela. Nunca he trabajado con tanto cansancio físico y un entusiasmo tan reconcentrado y tenaz. Al relato primitivo le quité su título de *Venganza moruna*, empleándolo luego en otro de mis cuentos. Me pareció mejor dar a la nueva novela su nombre actual: *La barraca*. Primeramente se publicó en el folletón de *El Pueblo*, pasando casi inadvertida.

»Mis bravos amigos, los lectores del diario, solo pensaban en el triunfo de la República, y no podían interesarles gran cosa unas luchas entre huerfanos, rústicos personajes que ellos contemplaban de cerca a todas horas. Francisco Sempere, mi compañero de empresas editoriales, que iniciaba entonces su carrera y era todavía simple librero de lance, publicó una edición de *La barraca* de setecientos ejemplares, al precio de una peseta, Tampoco fue considerable el éxito del volumen. Creo que no pasaron de quinientos los ejemplares vendidos.

»Ocupado en trabajar por mis ideas políticas, no prestaba atención a la suerte editorial de mi obra, cuando, algunos meses después, recibí una carta del señor Hérelle, profesor del Liceo de Bayona. Ignoraba yo entonces que este señor Hérelle era célebre en su patria como traductor, luego de haber vertido al francés las obras de D'Annunzio y otros autores italianos. Me pedía autorización para traducir *La barraca*, explicando la casualidad que le permitió conocer mi novela. Un día de fiesta había ido de Bayona a San Sebastián, y, aburrido, mientras llegaba la hora de regresar a Francia, entró en una librería para adquirir un volumen cualquiera y leerlo sentado en la terraza de un café. El libro escogido fue *La barraca*, e, interesado por su lectura, el señor Hérelle casi perdió su tren. Con la despreocupación (por no llamarla de otro modo) que caracteriza a la mayoría de los españoles en lo que se refiere a la puntualidad epistolar, dejé sin respuesta la carta de este señor. Volvió a escribirme, y tampoco contesté, acaparado por los accidentes de mi vida de propagandista.

»Pero Hérelle, tenaz en su propósito, repitió sus cartas. «He de contestar a ese señor francés —me decía todas las mañanas—. De hoy no pasa.» Y siempre una reunión política, un viaje o un incidente revolucionario de molestas consecuencias me impedía escribir a mi futuro traductor. Al fin, pude enviarle cuatro líneas autorizándole para dicha traducción, y no volví a acordarme de él.

»Una mañana, los diarios de Madrid anunciaron en sus telegramas de París que se había publicado la traducción de *La barraca*, novela del diputado republicano Blasco Ibáñez, con un éxito editorial enorme, y los primeros críticos de Francia hablaban de ella con elogio. *La barraca*, que había aparecido en una edición española de setecientos ejemplares (vendándose únicamente quinientos, la mayor parte de ellos en Valencia), y no mereció, al publicarse, otro saludo que unas cuantas palabras de los críticos de entonces, pasó de golpe a ser novela célebre.

»El insigne periodista Miguel Moya la publicó en el folletín de *El Liberal*, y luego empezó a remontarse, de edición en edición, hasta alcanzar su cifra actual de cien mil ejemplares legales. Digo legales, porque en América se han hecho numerosas ediciones de esta obra sin mi permiso. A la traducción francesa siguieron otras y otras en todos los idiomas de Europa. Si se suman los ejemplares de sus numerosas versiones extranjeras, pasan, seguramente, de un millón.

»Algunos jóvenes, que muestran exageradas impacencias por obtener la fama literaria y sus provechos materiales, deben reflexionar sobre la his-

toría de esta novela, tan unida a mi nombre. Para las gentes amigas de clasificaciones, que una vez que encasillan a un autor ya no lo sacan, por pereza mental, del alvéolo en que lo colocaron, yo seré siempre, escriba lo que escriba, “el ilustre autor de *La barraca*”». <sup>3</sup>

## VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, UN NOVELISTA PARA EL MUNDO

Escribir era para Vicente Blasco Ibáñez una necesidad vital, irrefrenable. Solo así se entiende que, en la época en que escribió *La barraca*, entre dificultades económicas y familiares, mítines, manifestaciones, discursos, artículos para el diario *El Pueblo*, denuncias, encarcelamientos e incluso duelos a pistola, tuviera tiempo y fuerzas para llevara a cabo su proyecto narrativo.

Así se expresa, mucho tiempo después, el 6 de marzo de 1918, en una célebre carta a Julio Cejador, crítico e historiador de literatura:

«Cada vez que termino una novela lanzo un bufido de descanso y desahogo, como si saliese de una operación dolorosa. ¡Al fin! ¡Esta es la última! Y lo digo de buena fe. Yo soy un hombre de acción, que he hecho en mi vida algo más que libros, y no gusto de permanecer inmóvil durante tres meses en un sillón, con el pecho contra una mesa, escribiendo diez horas por día. Yo he sido agitador político, he pasado una parte de mi juventud en la cárcel (unas treinta veces), he sido presidiario; me han herido mortalmente en duelos feroces; conozco todas las privaciones físicas que un hombre puede sufrir, incluso la de una absoluta pobreza; y, al mismo tiempo, he sido diputado hasta que me cansé de serlo; he sido amigo íntimo de jefes de Estado; conocí personalmente al viejo sultán de Turquía; he habitado palacios; durante unos años de mi vida he sido hombre de negocios y manejado millones; en América he fundado pueblos... Quiero manifestar con esto que, las más de las veces, preferiría trasladar mis novelas a la realidad, y no tener que escribirlas sobre el papel.

»Pero toda novela nueva se impone en mí con una fuerza fisiológica, y puede más que mi tendencia al movimiento y mi horror al trabajo sedentario. Crece en mi imaginación, pasa de feto a niño, se agita, se alza, me golpea desde el interior y se dispone para el parto.

»Estoy convencido de que, mientras viva, haré novelas.» <sup>4</sup>

3 *La barraca* apareció por entregas en el diario *El Pueblo* en 1898. Ese mismo año, Sempere publicó la primera edición en forma de libro. Vicente Blasco Ibáñez escribió este prólogo, titulado *Al lector*, para una nueva edición de *La barraca*, que Prometeo publicó en 1925.

4 La carta de Blasco Ibáñez a Cejador aparece en el tomo IX de la *Historia Literaria* de dicho autor. La carta figura también en las *Obras completas* de Vicente Blasco Ibáñez, Editorial Aguilar.

Blasco Ibáñez debió concebir en algún momento el proyecto, a la manera de Balzac o de Zola, de construir un ciclo narrativo que abarcara toda la sociedad valenciana, o al menos los escenarios más próximos a la capital. Así, la burguesía de la gran ciudad quedó descrita en *Arroz y tartana* (1894); los pescadores de la costa mediterránea en *Flor de mayo* (1895); el campo valenciano en *La barraca* (1898); las grandes plantaciones del valle del Júcar en *Entre naranjos* (1900); el pueblo lacustre de la Albufera en *Cañas y barro* (1902).

El exilio, los mandatos parlamentarios y algunos viajes sirvieron para ensanchar el horizonte del joven escritor valenciano. Todo le interesaba y sobre todo quería escribir, preferiblemente en forma de novela, pero también de relato o de artículo periodístico.

Se instaló en Madrid, donde le retenían sus labores como diputado, en una vivienda próxima al paseo de la Castellana y no lejos del campo. Allí desplegó su enorme capacidad de trabajo para dar comienzo a un nuevo ciclo de novelas, que unos críticos llaman españolas y otros sociales, porque en todas ellas hay un cierto compromiso con los más pobres y con los ideales de libertad y justicia.

El procedimiento era siempre el mismo. Partía de un estudio documentado, de un viaje o de una estancia. Reunía una abundante observación de primera mano, a la manera minuciosa de Zola, de los ambientes y de los tipos, y solo entonces empezaba a escribir. Así fueron surgiendo *La catedral* (1903), sobre el clericalismo en Toledo; *El intruso*, sobre la minería en Bilbao (1904); *La bodega* (1905), sobre los latifundios andaluces; *La horda* (1905), sobre la tremenda miseria de los marginados en los barrios periféricos de Madrid.

Un empresario de Buenos Aires, deseoso de difundir las ideas y las literaturas más destacadas de Europa por los países hispanoamericanos, tuvo la idea de contratarle para dar una serie de conferencias en Argentina, Paraguay y Chile. Blasco Ibáñez aceptó y recorrió esos países durante nueve meses.

De tanto viajar empezó a sentir la tentación de los grandes horizontes y de los vastos territorios sin colonizar. En todas partes se hablaba de hacer negocios y de enriquecerse. Algunos, que adivinaban su pensamiento, no tardaron en tentarle con sus ofertas. ¿Por qué no se labraba una fortuna cultivando tierras en Argentina? Al principio se negó, pero luego se imaginó transformando territorios, fundando ciudades, trazando ferrocarriles y guiando a las multitudes.

En sucesivos viajes se hizo acompañar de agricultores valencianos y fundó dos colonias: Cervantes, en el Río Negro, y Nueva Valencia, en Corrientes, junto al río Paraguay.

El experimento colonizador duró cuatro años. Bruscamente, Argentina sufrió una gran crisis financiera que ocasionó numerosas quiebras. El desastre, unido a la lucha constante y poco productiva con los elementos, acabó por abatir al voluntarioso aventurero. Además, llevaba demasiado tiempo sin escribir, y ese abandono de la literatura le reconcomía.

Pronto concibió una larga serie de novelas, que incluirían todas las manifestaciones de la vida presente en los pueblos americanos de habla española, y que también evocarían la epopeya de los conquistadores.

La primera de esas novelas sería *Los argonautas*, donde unas vidas se entrecruzan a bordo de un barco de emigrantes que se dirige a América. Luego, en la segunda, hablaría de Alonso de Ojeda y Vasco Núñez de Balboa. En la tercera contaría la conquista de Méjico por Hernán Cortés. La cuarta la dedicaría a Francisco Pizarro, el hombre del Perú.

*Los argonautas* se publicó en 1914, año en que empezó la Gran Guerra. Ese acontecimiento le impediría acabar el resto de las obras proyectadas.

Lejos de mantenerse al margen, Blasco Ibáñez tomó partido por la causa aliada. Visitó España, para intentar convencer al gobierno de que interviniese a favor de Francia, pero no lo consiguió. Se estableció en París y visitó el frente. Empezó a publicar crónicas de guerra en el diario *El Pueblo*, y unos cuadernos semanales, *Historia de la guerra europea*, en nueve volúmenes.

Pronto apareció una novela, *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis*, donde Blasco Ibáñez mezclaba algunas reminiscencias de la República Argentina con las realidades presentes de la guerra. El resultado fue una obra romántica y conmovedora, que M. Hérelle, el traductor de *La barraca*, vertió al francés.

Traducida a varios idiomas, la novela despertó un inmenso eco de simpatía y de admiración en todo el mundo. Fue invitado a los Estados Unidos, donde *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* se había convertido en el libro más leído después de la Biblia, más incluso que *La cabaña del tío Tom*. Durante diez meses hizo una gira por el país. La propaganda que le rodeaba era enorme. Había marcas de pañuelos de seda, cigarrillos, jabones y juguetes, que llevaban impresos los cuatro jinetes de la portada estadounidense de su novela. Fue contratado por la cadena de diarios Hearst, que pagaba generosamente sus artículos, y escribió sobre el potencial de los novelistas para ganar dinero. La fotografía de su retrato pintado por su amigo Sorolla ocupaba las portadas del *New York Times*, de *The Sun*... Fue aclamado en el Congreso y recibido sin protocolo por el presidente de la nación, que se contaba entre sus lectores. En Hollywood vendió los derechos cinematográficos de Los

cuatro jinetes, cuya primera versión interpretaría Rodolfo Valentino en 1921, y en la universidad George Washington le fue concedido el título de doctor honoris causa.

De vuelta en Europa, escribió dos novelas más sobre la Gran Guerra, *Mare Nostrum* y *Los enemigos de la mujer*, que también fueron llevadas al cine.

En abril de 1921 Blasco Ibáñez volvió a Valencia, ciudad que no había pisado desde hacía más de seis años. Pero dejemos que sea el hispanista Henri Mérimée quien nos lo cuente:

»Fue un acontecimiento fabuloso. El alcalde de Valencia, una delegación del ayuntamiento y varios valencianos notables acudieron a Madrid y recogieron al novelista con toda solemnidad. En el vagón en el que hizo el viaje, como otro paladín, habían colocado la gloriosa *Senyera*, estandarte histórico de Valencia, que habían rescatado del polvo del museo municipal para la ocasión. El trayecto, pese a sus paradas con música, los vivos y los abrazos que se iban multiplicando a medida que se acercaban a Valencia, se quedó modesto e insignificante en comparación con la llegada. (...) Banderas, pendones, inscripciones, alegorías, todas las maneras de engalanar una ciudad fueron tenidas en cuenta. Incluso había un arco de triunfo en la calle de Peris y Valero que no había podido terminarse a tiempo. (...) Los valencianos aclamaban a uno de ellos, a un amigo, casi a un hermano o a un hijo. Era *Vicentet*, un chico del barrio del mercado a quien habían visto crecer y con quien más de uno había intercambiado cordiales puñetazos. Olvidaban su marcha, su vida lejana, los años que había permanecido fuera. Solo tenían presente su gloria, que se reflejaba en todos y cada uno de ellos. En realidad era el regreso del Hijo Pródigo.

»El homenaje duró ocho días, de los cuales los tres culminantes fueron aquellos en los que se escenificaron tres de las novelas más famosas del escritor. El día de *Mare Nostrum* se desarrolló, como convenía, a orillas del Mediterráneo. El día de *Cañas y barro* se celebró en la Albufera y en el Palmar, pueblo lacustre donde viven pescadores y cultivadores de arroz. Pero el día de *La barraca* se llevaron una gran desilusión. El progreso había hecho desaparecer la vivienda tradicional valenciana, con su techumbre de paja, ante el empuje de las fincas de cinco pisos. La jornada de *La barraca* estuvo a punto de ser suprimida. Pero por fin, en el Cabañal, barrio de pescadores, encontraron una barraca como correspondía. Y allí, entre aquellas paredes de arcilla, Blasco Ibáñez pudo ver actuar, hablar y desaparecer a los personajes creados por su imaginación.»<sup>5</sup>

5 Mérimée, Henri. *Bulletin Hispanique* XXIV, 1922.

Hacia 1922, Blasco Ibáñez empezó a construir en Menton, en el departamento francés de los Alpes Marítimos, una villa de ensueño rodeada de jardines de estilo *Belle Époque*, a la que llamó Fontana Rosa. Allí continuó trabajando sin apenas descanso, durante doce o catorce horas diarias, y concibió una nueva serie de novelas evocadoras de las glorias del pasado: *El Papa del Mar* (1925), *A los pies de Venus* (1926), *En busca del Gran Khan* (1928). Aún tuvo tiempo de hacer un viaje de seis meses alrededor del mundo, que describió minuciosamente en los tres volúmenes de *La vuelta al mundo de un novelista* (1925).

Murió el 28 de enero de 1928, víspera de su cumpleaños. Sus últimas palabras fueron: «Es Victor Hugo. ¡Que pase! ¡Decidle que pase!».

## ESTA EDICIÓN

Como se ha visto, *La barraca* fue la tercera novela valenciana de Vicente Blasco Ibáñez, y su primer gran éxito, sobre todo a partir de su traducción al francés. Contiene descripciones de evidente belleza y diálogos muy escuetos, escritos tanto en castellano como en un valenciano coloquial.

A la hora de hacer esta adaptación se ha mantenido la estructura original en diez capítulos de extensión parecida y se ha procurado respetar el tono y el ritmo. Se ha regularizado la acentuación, ateniéndonos a los usos normativos actuales de la RAE, y se ha cambiado la puntuación cuando se ha pensado que podía mejorar la comprensión del texto. Se han suprimido de vez en cuando comparaciones que se nos antojaban excesivas, así como reiteraciones, adjetivos y gerundios que recargaban o complicaban innecesariamente las frases. También, en ocasiones, se ha alterado el orden de las palabras dentro de una frase, siempre en aras de una mayor claridad y sencillez. Todo esto ha podido hacerse, afortunadamente, sin prescindir de ninguna escena o episodio de importancia.

Se completa la edición con un apéndice didáctico, concebido como una guía para reflexionar sobre el texto literario, pero también como instrumento para la creación, el debate y la educación en valores. El compromiso de Vicente Blasco Ibáñez con los más pobres y desfavorecidos, su crítica continua de los privilegios y las desigualdades y su defensa de la necesidad de educación y de justicia lo convierten en un autor plenamente vigente, que necesita ser leído y releído.

MUESTRA  
WEB

# *LA BARRACA*

## CAPÍTULO I

La inmensa vega se desperezó bajo el resplandor azulado del amanecer, que asomaba por la parte del Mediterráneo.

Los ruiseñores, cansados de animar con sus trinos aquella noche de otoño, tan tibia que parecía de primavera, lanzaban el gorjeo final, como si la luz del alba los hiriese. Bandadas de gorriones salían de las techumbres de paja y pasaban a alborotar las copas de los árboles.

Despertaba la huerta, y sus bostezos eran cada vez más ruidosos. El canto del gallo rodaba de barraca en barraca. Los campanarios de los pueblecitos devolvían con el ruido de sus campanas el toque de misa primera que sonaba a lo lejos, en las torres de Valencia. De los corrales salía un concierto animal: relinchos de caballos, mugidos de corderos, ronquidos de cerdos, todos ellos deseosos de correr por los campos.

En la indecisa neblina del amanecer iban fijando sus contornos húmedos y brillantes las filas de moreras y frutales, las ondulantes líneas de cañas, los grandes cuadros de hortalizas y la tierra roja, cuidadosamente labrada.

Los caminos se animaban con filas de puntos negros, como rosarios de hormigas, que marchaban hacia la ciudad. De todos los extremos de la vega llegaban chirridos de ruedas, canciones perezosas interrumpidas por el grito que arrea a las bestias, y, de cuando en cuando, un furioso rebuzno rasgaba el espacio.

En las acequias, las ranas callaban al sentir la aproximación de los ánades, que se deslizaban sobre el agua moviendo sus cuellos de serpiente.

La vida, que con la luz inundaba la vega, iba penetrando en el interior de barracas y alquerías.

Las puertas chirriaban al abrirse, se veían bajo los emparrados figuras blancas que se desperezaban con las manos tras el cogote, mirando el iluminado horizonte. Los establos vomitaban hacia la ciudad las vacas de leche, los rebaños de cabras, los caballejos de los estercoleros. Entre las cortinas de árboles enanos que ensombrecían los caminos, vibraban cencerros y campanillas, y sonaba el enérgico «*jarre, haca!*» animando a las bestias reacias.

En las puertas de las barracas se saludaban los que iban hacia la ciudad y los que se quedaban a trabajar los campos.

—¡Bon dia mos done Déu!<sup>6</sup>

—¡Bon dia!

Y tras este saludo, cambiado con toda la gravedad propia de una gente que lleva en sus venas sangre moruna y solo puede hablar de Dios con gesto solemne, se hacía el silencio si el que pasaba era un desconocido, y si era íntimo se le encargaba la compra en Valencia de pequeños objetos para la mujer o para la casa.

Ya era de día.

El espacio se había limpiado de tenues neblinas, transpiración nocturna de los húmedos campos y las rumorosas acequias. En los rojizos surcos saltaban las alondras con la alegría de vivir un día más, y los gorriones, posándose en las ventanas todavía cerradas, picoteaban las maderas, como si dijesen a los de adentro: «¡Arriba, perezosos! ¡A trabajar la tierra para que nosotros comamos!».

En la barraca de Toni, conocido en todo el contorno por Pimentó, acababa de entrar su mujer, Pepeta, una animosa criatura, de carne blancuzca y flácida, en plena juventud, minada por la anemia, y que era, sin embargo, la hembra más trabajadora de toda la huerta.

Al amanecer ya estaba de vuelta del mercado. Se levantaba a las tres, cargaba con los cestones de verduras cogidas por Toni al cerrar la noche anterior, y a tientas por los senderos, guiándose en la oscuridad como buena hija de la huerta, marchaba a Valencia, mientras su marido, aquel buen mozo que tan caro le costaba, seguía roncando dentro del caliente dormitorio, bien arrebujado en las mantas del lecho matrimonial.

Los que compraban las hortalizas al por mayor para revenderlas conocían bien a esta mujercita que, antes del amanecer, ya estaba en el mercado de Valencia sentada en sus cestos, tiritando bajo el delgado y raído mantón. Miraba con envidia, de lo que no se daba cuenta, a quienes podían beber una taza de café para combatir el fresco matinal. Y con una paciencia de bestia sumisa esperaba que le diesen por las verduras el dinero que se había fijado en sus complicados cálculos para mantener a Toni y llevar la casa adelante.

Después de esta venta corría otra vez hacia su barraca, deseando salvar cuanto antes una hora de camino.

Empezaba entonces otro trabajo: después de las hortalizas, la leche. Y tirando del ronzal de una vaca rubia, que llevaba pegado al rabo un ter-

6 ¡Buen día nos dé Dios!

nerillo juguetón, volvía a la ciudad con la varita bajo el brazo y la medida de estaño para servir a los clientes.

La *Roja*, que así apodaban a la vaca por sus rubios cabellos, mugía dulcemente, herida por el fresco de la mañana, volviendo sus ojos húmedos hacia la barraca, que se quedaba atrás.

Pepeta la arreaba con su vara. Se hacía tarde, e iban a quejarse los compradores. La vaca y el ternerillo trotaban por el centro del camino de Alboraya, hondo, fangoso y surcado de profundas carrileras.

Por los ribazos laterales, con un brazo en la cesta y el otro balanceante, pasaban los interminables cordones de cigarreras e hilanderas de seda que iban a trabajar en las fábricas.

Tras los árboles y las casas que cerraban el horizonte asomaba el sol como una enorme oblea roja, lanzando agujas de oro que obligaban a taparse los ojos. Las montañas del fondo y las torres de la ciudad iban tomando un tinte sonrosado.

Pepeta, insensible a este despertar que presenciaba diariamente, seguía su marcha, cada vez con más prisa, el estómago vacío, las piernas doloridas y las ropas interiores impregnadas de un sudor de debilidad propio de su sangre blanca y pobre.

La avalancha de gente laboriosa que se dirigía a Valencia llenaba los puentes.

Pepeta pasó entre los obreros de los arrabales, se detuvo en el fielato<sup>7</sup> de Consumos para tomar su resguardo —unas cuantas monedas que todos los días le dolían en el alma— y se metió por las desiertas calles, que animaba el cencerreo de la *Roja*.

Sus compradores estaban esparcidos en toda la ciudad. Su marcha era una enrevesada peregrinación por las calles, deteniéndose ante las puertas cerradas; un aldabonazo aquí, tres y un repique más allá, y siempre, a continuación, el grito estridente y agudo, que parecía imposible pudiese surgir de su pobre y raso pecho: «¡La lleet!»<sup>8</sup>. Jarro en mano, bajaba la criada desgreñada, en chanquetas, con los ojos hinchados, a recibir la leche, o la vieja portera, todavía con la mantilla que se había puesto para ir a la misa del alba.

A las ocho, después de servir a todos sus clientes, Pepeta se vio cerca del barrio de Pescadores.

7 Caseta donde se cobraban las tasas sobre el tráfico de mercancías.

8 ¡La leche!

La pobre huérfana se metió valerosamente en los sucios callejones, que parecían muertos a aquella hora. Siempre, al entrar, sentía cierto desasosiego, una repugnancia instintiva de estómago delicado. Pero su espíritu de mujer honrada y enferma sabía sobreponerse a esta impresión, y continuaba adelante.

Pepeta oyó que la llamaban. En la puerta de una escalerilla le hacía señas una buena moza, despechugada, fea, sin otro encanto que el de una juventud próxima a desaparecer: los ojos húmedos, el moño torcido, y manchas de colorete de la noche anterior en las mejillas.

La labradora, apretando los labios con un mohín de orgullo y desdén para que las distancias quedasen bien marcadas, comenzó a ordeñar las ubres de la *Roja* dentro del jarro que le presentaba la moza. Esta no quitaba la vista de la labradora.

—¡Pepeta! —dijo con voz indecisa, como si no tuviese la certeza de que era ella misma.

Pepeta levantó la cabeza. Fijó por primera vez sus ojos en la mujer-zuela y también pareció dudar.

—¡Rosario! ¿Eres tú?

Sí, ella era. Lo afirmaba con tristes movimientos de cabeza. Y Pepeta, inmediatamente, manifestó su asombro. ¡Ella allí! ¡Hija de unos padres tan honrados! ¡Qué vergüenza, Señor!

La ramera, por costumbre del oficio, intentó acoger con una sonrisa cínica, con el gesto escéptico de quien conoce el secreto de la vida y no cree en nada, las exclamaciones de la escandalizada labradora. Pero la mirada fija de los ojos claros de Pepeta acabó por avergonzarla, y bajó la cabeza como si fuese a llorar.

No, ella no era mala. Había trabajado en las fábricas, había servido a una familia como doméstica; pero al fin sus hermanas le dieron el ejemplo, cansadas de sufrir hambre; y allí estaba, recibiendo unas veces cariño y otras bofetadas, hasta que reventase para siempre. Era natural. Donde no hay padre y madre, la familia termina así. De todo tenía la culpa el amo de la tierra, aquel don Salvador, que de seguro ardía en los infiernos. ¡Ah, ladrón! ¡Y cómo había causado la ruina de toda una familia!

Pepeta olvidó su actitud fría y reservada para unirse a la indignación de la muchacha. Verdad, todo verdad; aquel tío avaro tenía la culpa. La huerta entera lo sabía. ¡Válgame Dios, y cómo se pierde una casa! ¡Tan bueno que era el pobre tío Barret! ¡Si levantara la cabeza y viese a sus hijas!

Ya sabían en la huerta que el pobre padre había muerto en el presidio de Ceuta hacía dos años. Y en cuanto a la madre, había acabado de padecer en una cama del hospital. ¡Las vueltas que da el mundo en diez años! ¿Quién les hubiese dicho a ella y a sus hermanas, acostumbradas a vivir en su casa como reinas, que acabarían de aquel modo?

Rosario se animó con la conversación; parecía rejuvenecerse junto a esta amiga de la niñez. Sus ojos, antes mortecinos, chispearon al recordar el pasado. ¿Y su barraca? ¿Y las tierras? Seguían abandonadas, ¿verdad? Esto le gustaba: ¡que reventasen, que se fastidiasen los hijos del pillo don Salvador! Era lo único que podía consolarla. Estaba muy agradecida a Pimentó y a todos los de allá, porque habían impedido que otros entrasen a trabajar lo que por derecho pertenecía a su familia. Y si alguien quería apoderarse de aquello, entonces bien sabido era el remedio... ¡Pum! Un escopetazo de los que deshacen la cabeza.

Después de hablar del triste pasado, la curiosidad despierta de Rosario fue preguntando por todos los de allá, y acabó en Pepeta. ¡Pobrecita! Bien se veía que no era feliz. Joven aún, solo revelaban su edad aquellos ojazos claros, inocentes y tímidos. El cuerpo, un puro esqueleto; y en el pelo rubio, de un color de mazorca tierna, aparecían ya las canas a puñados antes de los treinta años. ¿Qué vida le daba Pimentó? ¿Siempre tan borracho y huyendo del trabajo?

Ella se lo había buscado, casándose contra los consejos de todo el mundo. Buen mozo, eso sí; le temblaban todos en la taberna de Copa, los domingos por la tarde, cuando jugaba a las cartas con los más guapos<sup>9</sup> de la huerta; pero en casa debía de ser un marido insufrible... Aunque, bien mirado, todos los hombres eran iguales.

Un vozarrón de marimacho bajó como un trueno por el hueco de la escalerilla.

—¡Elisa! Sube pronto la leche. El señor está esperando.

Rosario empezó a reírse de ella misma. Ahora se llamaba Elisa. ¿No lo sabía? Era exigencia del oficio cambiar el nombre, así como hablar con acento andaluz. Y remedaba con rústica gracia la voz del marimacho invisible.

Pero, a pesar de su regocijo, tuvo prisa en retirarse. Temía a los de arriba. El vozarrón o el señor de la leche podían darle algo malo por su tardanza. Y subió veloz por la escalerilla, después de recomendar mucho

---

9 Hombre pendenciero y perdonavidas.

a Pepeta que pasase alguna vez por allí para recordar juntas las cosas de la huerta.

El cansado esquilón de la *Roja* repiqueteó más de una hora por las calles de Valencia. Las mustias ubres soltaron hasta su última gota de leche insípida, producto de un mísero pasto de hojas de col y desperdicios, y al fin Pepeta emprendió la vuelta a su barraca.

La pobre labradora caminaba triste y pensativa bajo la impresión de aquel encuentro. Recordaba como si hubiera sido el día anterior la espantosa tragedia que se tragó al tío Barret con toda su familia.

Desde entonces, los campos que hacía más de cien años trabajaban los ascendientes del pobre labrador habían quedado abandonados a orillas del camino. Su barraca, deshabitada, sin una mano misericordiosa que echase un remiendo a la techumbre ni un puñado de barro a las grietas de las paredes, se iba hundiendo lentamente.

Diez años de continuo tránsito junto a aquella ruina habían conseguido que la gente no se fijase ya en ella. La misma Pepeta hacía tiempo que no había puesto su atención en la vieja barraca. Esta solo interesaba a los muchachos, que, heredando el odio de sus padres, se metían por entre las ortigas de los campos yermos para acribillar a pedradas la abandonada vivienda, romper los maderos de su puerta cerrada o cegar con tierra y pedruscos el pozo que se abría bajo una parra vetusta.

Pero aquella mañana, Pepeta, influida por su reciente encuentro, se fijó en la ruina y hasta se detuvo en el camino para verla mejor.

Los campos del tío Barret eran una mancha de miseria en medio de la huerta fecunda, trabajada y sonriente. Diez años de abandono habían endurecido la tierra, haciendo brotar de sus olvidadas entrañas todas las plantas parásitas, todos los abrojos que Dios ha criado para castigo del labrador.

En el centro de estos campos desolados que se destacaban sobre la hermosa vega como una mancha de mugre en un manto regio de terciopelo verde, se alzaba la barraca o, más bien caía, con su montera de paja despanzurrada, enseñando por las aberturas que agujerearon el viento y la lluvia su carcomido costillaje de madera.

Aquella ruina apenaba el ánimo, oprimía el corazón. Parecía que del caserón abandonado fuesen a salir fantasmas en cuanto cerrase la noche; que de su interior iban a partir gritos de personas asesinadas; que toda aquella maleza era un sudario que ocultaba cientos de cadáveres.

Pepeta iba a seguir adelante, hacia su blanca barraca, que asomaba entre los árboles algunos campos más allá; pero hubo de permanecer inmóvil en el alto borde del camino, para que pasase un carro cargado que avanzaba dando tumbos y parecía venir de la ciudad.

Era un pobre carro de labranza, tirado por un rocín viejo y huesudo, al que ayudaba en los baches difíciles un hombre alto que marchaba junto a él, animándole con gritos y chasquidos de látigo.

Vestía de labrador, pero el modo de llevar el pañuelo anudado a la cabeza, sus pantalones de pana y otros detalles de su traje delataban que no era de la huerta, donde el adorno personal ha ido poco a poco contaminándose del gusto de la ciudad. Era labrador de algún pueblo lejano. Tal vez venía de algún rincón de la provincia.

Sobre el carro se amontonaban, formando pirámide hasta más arriba de las varas, toda clase de objetos domésticos. Era la emigración de una familia entera: colchones, cestas, sillas de enea, sartenes, calderas, platos, todo se apilaba sobre el carro, sucio, gastado, miserable, oliendo a hambre, a fuga desesperada, como si la desgracia marchase tras la familia, pisándole los talones.

En la cumbre de aquel revoltijo había tres niños abrazados, que contemplaban los campos con ojos muy abiertos, como exploradores que visitan un país por primera vez.

A pie, y detrás del carro, como si vigilasen por si caía algo, marchaban una mujer y una muchacha, alta, delgada, esbelta, que parecía su hija. Al otro lado del rocín, ayudando cuando el vehículo se detenía en un mal paso, iba un muchacho de unos once años. Su exterior grave delataba al niño que, acostumbrado a luchar con la miseria, es un hombre a la edad en que otros juegan. Un perrillo sucio y jadeante cerraba la marcha.

Pepeta, apoyada en el lomo de su vaca, los miraba con una curiosidad que iba en aumento. ¿Adónde iría esta pobre gente?

Aquel camino no iba a ninguna parte. Se extinguía a lo lejos, como agotado por las bifurcaciones innumerables de sendas y caminitos que daban entrada a las barracas.

Pero su curiosidad tuvo un final inesperado. El carro se salió del camino, atravesó el ruinoso puente de troncos y tierra que daba acceso a las tierras malditas y se adentró en los campos del tío Barret, aplastando la maleza con sus ruedas.

Pepeta no quiso ver más. Ahora sí que corrió de veras hacia su barraca. Deseosa de llegar antes, abandonó a la vaca y al ternerillo, y las dos

bestias siguieron su marcha tranquilamente, como quien no se preocupa de las cosas ajenas y tiene el establo seguro.

Pimentó estaba tendido a un lado de su barraca, fumando perezosamente, con la vista fija en tres varitas untadas con liga, puestas al sol, en torno de las cuales revoloteaban algunos pájaros. Era una ocupación digna de un gran señor.

Al ver llegar a su mujer con los ojos asombrados y el pobre pecho jadeante, Pimentó cambió de postura para escuchar mejor.

Pepeta, con la emoción y el cansancio, apenas pudo decir dos palabras seguidas.

«Las tierras de Barret... Una familia entera... Iban a trabajar, a vivir en la barraca. Ella lo había visto.»

Pimentó, cazador de pájaros con liga, enemigo del trabajo y terror de los alrededores, no pudo conservar su gravedad impasible de gran señor ante tan inesperada noticia.

—*¡Recontracordons!* —exclamó.

De un salto puso recta su pesada y musculosa humanidad, y echó a correr, sin aguardar a oír más explicaciones.

Su mujer lo vio correr campo a través hasta un cañaveral inmediato a las tierras malditas. Allí se arrodilló, se echó sobre el vientre, para espiar por entre las cañas, como un beduino al acecho, y, pasados algunos minutos, volvió a correr, perdiéndose en aquel dédalo de sendas, cada una de las cuales conducía a una barraca.

La huerta seguía risueña y rumorosa, impregnada de luz y de suspiros, aletargada bajo la cascada de oro del sol de la mañana.

Pero a lo lejos sonaban voces y llamamientos: la noticia se transmitía a gritos de un campo a otro, y un estremecimiento de alarma, de extrañeza, de indignación, corría por toda la vega, como si no hubiesen transcurrido los siglos y circulara el aviso de que en la playa acababa de aparecer una galera argelina, buscando cargamento de carne blanca.

# ACTIVIDADES

Mi diálogo con la novela

## 1. ESTUDIO DE LA OBRA

### CONTEXTO LITERARIO

1. A Blasco Ibáñez suele definírsele como “El indiscutible maestro del **Naturalismo español, dentro de la escuela de Zola**”. El naturalismo fue un movimiento literario, preconizado por el escritor francés Émile Zola (1840-1902), que presentaba a los seres humanos determinados por las leyes de la herencia genética y condicionados por el medio en que vivían. Era, pues, una consecuencia de varias escuelas de pensamiento y teorías que habían surgido en la época: el positivismo, que solo valoraba lo que podía ser objeto de experiencia; el evolucionismo, que enfatizaba la semejanza de nuestro comportamiento con el de los demás animales, y el materialismo histórico, que proporcionaba una visión de la historia humana basada en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales y en el estudio de la estructura económica de la sociedad.

¿Puedes encontrar en *La barraca* alguna escena en la que destaque la preocupación de los personajes por el dinero, como cuando Pepeta, la mujer de Pimentó, calcula la cantidad que le pagarán por sus verduras o cuando Barret implora a don Salvador que le permita retrasar los pagos? Hay muchos más. Búscalos.

2. El escritor naturalista se documentaba con rigor y en directo sobre los espacios sociales que quería abordar. En eso Blasco Ibáñez tenía mucho en común con Émile Zola. Pero también había en sus textos momentos de exaltación, de apasionamiento o de idealización, reminiscencias del romanticismo que no obedecían al influjo de Zola sino, quizá, al de otro gigante de las letras francesas idolatrado por el novelista español, **Victor Hugo** (1802-1885), el autor de *Los miserables*.

Piensa en el pasaje en el que Batiste siente un dulce éxtasis al imaginarse cultivando los campos abandonados donde va a instalarse con su familia, y cree hallarse en el buen camino para convertirse en un hombre de provecho. O cuando Tonet se declara, casi con violencia, y Roseta se convence de que él la quiere. Busca más momentos de ese tipo, en los que destacan la ilusión o la esperanza.

3. Había otra circunstancia, en fin, que relacionaba a Blasco Ibáñez con el naturalismo, y era que esta escuela respondía a su manera de entender **la**

**vida como un escenario despiadado y cruel**, en el que el ser humano se enfrentaba a la sociedad o a la naturaleza y con frecuencia perdía. No en vano *La barraca* fue traducida al francés con el título de *Terres maudites*.

¿Puedes encontrar en la novela algún pasaje en el que los personajes presenten el peso amenazante del destino, como las premoniciones del tío Tomba, el pastor?

4. Desde el punto de vista estrictamente cronológico, resulta difícil excluir a Blasco Ibáñez de ese grupo de escritores e intelectuales españoles que forman la llamada **generación del 98**, que se caracterizaba por su preocupación por la crisis moral, política y social desencadenada en España por la derrota militar en la guerra entre España y los Estados Unidos y la consiguiente pérdida de Puerto Rico, Cuba y las Filipinas en 1898. Blasco Ibáñez tenía tres años menos que Unamuno, uno menos que Ramón del Valle-Inclán, cinco más que Pío Baroja, seis más que Azorín y ocho más que Antonio Machado. Sin embargo, son muy pocos los manuales de historia de la literatura en los que se le considera un miembro de pleno derecho de esa generación, y en cambio abundan los que lo estudian por separado.

Seguramente hay varias razones para esa anomalía. Es posible, como se ha sugerido, que las peculiaridades del personaje contribuyeran al desencuentro con los intelectuales madrileños. En su madurez, Blasco era un escritor antibohemio, consagrado al trabajo diario, en un mundo, el del pensamiento y la crítica, que se centraba en las redacciones de los periódicos y en las tertulias de los cafés. Además, el éxito popular siempre ha resultado sospechoso a quienes consideran que la gran literatura es patrimonio de minorías selectas. Enriquecerse con la literatura y con el cine, y además envanecerse de ello, debió parecer a muchos una suerte de traición.

Tampoco Blasco ayudaba a la conciliación. «Yo me enorgullezco —llegó a escribir en la célebre carta a Cejador— de ser un escritor lo menos literario posible; quiero decir, lo menos profesional. Aborrezco a quienes hablan a todas horas de su profesión y se juntan siempre con sus colegas, y no pueden vivir sin ellos, tal vez porque sustentan su vida atacándoles.»

Era fácil, y también injusto, acusarle de una excesiva rapidez de ejecución, de una despreocupación por la forma literaria. Se decía que el orador político y el periodista de pluma fácil habían influido negativamente en el artista. Y se le criticaba, como a Sorolla, por practicar un arte colorista, luminoso, vital, opuesto a la melancolía finisecular que impregnaba a la generación

del 98. La generación posterior, la de Ortega y Gasset, con su horror a las historias de aventuras y personajes, tampoco lo tuvo en gran aprecio.

Acaso para compensar tanta desidia, Valencia quiso siempre a su personaje, y le tributó homenajes multitudinarios en 1911, 1915 y, sobre todo, en 1921 y 1933, en esta última ocasión con motivo de la recepción de su cadáver. En los años treinta del pasado siglo, en tiempos de la Segunda República, podía decirse que Valencia era una ciudad blasquista. Las novelas de Blasco se vendían por millones y seguían siendo llevadas al cine por directores famosos. Su rostro aparecía hasta en los sellos de correos.

La guerra civil acabó con todo eso. En la posguerra, los libros de Blasco Ibáñez dejaron de reeditarse, las bibliotecas públicas dejaron de servir sus libros, su nombre fue suprimido de las calles que le estaban dedicadas y las placas conmemorativas se destruyeron. Desapareció su casa natalicia, el Frente de Juventudes<sup>70</sup> ocupó su vivienda de la Malvarrosa, y años después fue derribada la antigua redacción del diario *El Pueblo*, en la calle don Juan de Austria. El mausoleo que había empezado a construirse en el cementerio municipal de Valencia fue destruido.

A finales de los años setenta, Blasco Ibáñez volvió a conocer cierto éxito, cuando algunas de sus novelas fueron convertidas en series de televisión. Fue reivindicado en congresos, proliferó la bibliografía académica, se organizaron exposiciones memorables en torno a su figura. Pero el personaje sigue siendo controvertido.

Piensa en Blasco Ibáñez. ¿Crees que a un autor hay que juzgarlo por su vida, por su obra o por ambas cosas? Tras la lectura de *La barraca*, ¿opinas que su reputación literaria es merecida? Redacta unas páginas contando lo que sabías de Blasco Ibáñez antes de acceder a este libro. Lee otro texto del autor, un cuento o una novela, y busca semejanzas y diferencias con *La barraca*.

5. De Blasco Ibáñez se ha dicho que desdeñaba **el estilo**, que apenas le daba importancia. Es cierto que no era un estilista. Por encima de todo quería llegar a los lectores, hacerse entender. El propio autor decía: «En escritores como yo —viajeros, hombres de acción y movimiento—, la obra es producto del ambiente. (...) Yo produzco mis novelas según el ambiente donde vivo, y

---

70 Organismo creado en 1940 por la dictadura franquista para el encuadramiento y adoctrinamiento político de los jóvenes españoles según los principios del partido único llamado Movimiento Nacional.

he cambiado de fisonomía literaria con arreglo a mis cambios de ambiente, aunque siendo siempre el mismo.»

Por otra parte, tenía una enorme facilidad para captar un escenario y reproducirlo, y se alaban mucho la sensualidad y la brillantez de sus descripciones, como la del amanecer al principio de *La barraca*.

Señala otras descripciones de la novela que te parezcan especialmente brillantes, como las de la huerta, el mercado de ganado o el Tribunal de las Aguas. Conviértete en escritor y describe un escenario de los que te rodean.

## MOTIVOS Y TEMAS

### 1. El conflicto social.

Hacia 1878, las miserables condiciones de vida a las que estaban sometidas las clases menos favorecidas de Valencia dieron origen a un creciente malestar social, que desembocaría en conflicto. Hubo una verdadera rebelión de la huerta, que se fue extendiendo. Al desabastecimiento de verduras se sumó la acumulación de las basuras en las calles, así como del estiércol en las cuadras, ya que los *fematers* o basureros no las recogían.

Fíjate en los aspectos de conflictividad social en *La barraca*. ¿Crees que la tragedia de la novela ocurre por el enfrentamiento entre los labradores o entre los propietarios y los labradores? ¿Opinas que la injusta distribución de la propiedad y la riqueza, como origen de todo el conflicto, está bien contada? ¿Lo habrías contado tú de otro modo?

### 2. El temor al intruso.

En casi todas las culturas hay un temor al extraño, al forastero, al intruso, al diferente. Fíjate en la descripción del maestro, de quien se dice que viene de lejos, «de allá de la churrería». Recuerda también la indignación de los habitantes de la huerta ante la llegada de Batiste en carro, con su familia, para ocupar la barraca y cultivar las tierras desaprovechadas. ¿No es esto un ejemplo de intolerancia y de miedo al otro?

### 3. La situación de la mujer.

Piensa en los muchos trabajos de Pepeta, que va y vuelve de la ciudad mientras su marido, Pimentó, sigue durmiendo y luego se pasa el día holgaza-

neando y presumiendo en la taberna. Piensa también en Roseta, la hija de Batiste, y en sus temores de ser atacada al volver cada día desde la fábrica donde trabaja, y tener que atravesar la huerta de noche. Piensa también en Rosario, la hija de *Batet*, que se ha visto obligada a ejercer la prostitución en el barrio de Pescadores de Valencia. ¿No te parece que son ejemplos de mujeres explotadas de un modo u otro? ¿Consideras que la situación de la mujer hoy día es muy distinta? Explica tus razones.

#### **4. El progreso y la pervivencia de las tradiciones.**

En el capítulo VI se describe la escuela de don Joaquín, donde van los alumnos para instruirse y acceder a la lectura para ser mejores. Ese problema, el del acceso a la educación y a la cultura, era uno de los que más preocupaba a Blasco Ibáñez, ferviente defensor de los cambios, de las reformas y del progreso. De ahí su descripción algo airada, en el capítulo IV, del Tribunal de las Aguas, una institución antiquísima que falla injustamente en contra de Batiste, y que aún regula y enjuicia la circulación del agua en las acequias de la huerta de Valencia.

Piensa en la pervivencia de las tradiciones y costumbres antiguas y en si constituyen una traba o dificultad para el progreso. Cita algún caso de tradición que, en tu opinión, debería ser cambiada, porque el mundo en el que se originó ya no existe.

#### **5. ¿Cómo se hablaba en la Huerta de Valencia?**

Los diálogos que el narrador pone en boca de los labradores de la Huerta de Valencia están todos dichos en valenciano, la única lengua que conocían entonces. En contraste, la clase de D. Joaquín se desarrolla en castellano, porque esta era la lengua de la escolaridad en España hasta no hace muchos años. De hecho, Blasco observa:

“No eran flojos los trabajos sufridos por don Joaquín para hacerse entender por sus discípulos y que no reculasen ante el idioma castellano. Los había entre ellos que llevaban dos meses en la escuela y abrían desmesuradamente los ojos y se rascaban el cogote sin entender lo que el maestro quería decirles con unas palabras jamás oídas en su barraca.

¡Cómo sufría el pobre hombre, que cifraba los triunfos de la enseñanza en su finura, en su distinción de modales, en lo bien hablado que era, según declaración de su esposa!

Cada palabra que sus discípulos pronunciaban mal —y no decían bien ni una sola— le hacía dar bufidos y levantar las manos con indignación hasta tocar el ahumado techo de su vivienda. Estaba orgulloso de la urbanidad con que trataba a sus discípulos.”

Al maestro el tío Tomba le resulta simpático porque era un hombre experimentado y educado: “A don Joaquín el viejo le inspiraba gran simpatía. Había corrido mundo y tenía la deferencia de hablarle en castellano.”

¿Crees que actualmente el valenciano mantiene la misma vigencia que en la época en que se sitúa la novela o, por el contrario, que convive con el castellano?

¿Eres de la opinión de que conocer ambas lenguas resulta útil? ¿Te parece que la frecuencia del uso de las dos está equilibrada o, por el contrario, una prevalece sobre la otra? ¿Sabrías decir por qué?

## ESTRUCTURA Y TÉCNICA NARRATIVA

1. *La barraca* se compone de diez capítulos de parecida extensión, que avanzan de manera fluida y sin apenas escenas retrospectivas hacia el desenlace final. Es, pues, **una estructura equilibrada** y diáfana. El autor conocía la historia desde niño, y su experiencia como periodista debió ayudarle a repartir con buen criterio el material narrativo. Hay que imaginar a Blasco Ibáñez como él ha contado, poniéndose a escribir cada amanecer, cuando el diario *El Pueblo* se había compuesto, tras una larga noche de insomnio, y cambiando el mundo de las noticias y los artículos de opinión por la ficción novelesca.

Elige los que son para ti los momentos álgidos del libro. ¿El asesinato de don Salvador a manos de Barret? ¿La lucha nocturna entre Batiste y Pimentó? ¿La muerte de Pasquale? ¿El incendio final? Imagina posibles cambios en la trama. ¿Te gusta cómo acaba? ¿Preferirías cambiarlo? Traslada el argumento a nuestros días o redacta un final alternativo.

2. La novela está contada por un narrador externo, que sigue de cerca los movimientos de los personajes e incluso recupera sus impresiones a través del **estilo indirecto libre**, mediante el cual se incorporan al discurso del narrador omnisciente las reflexiones de Batiste, por ejemplo, ante el Tribunal de las Aguas, sin recurrir a nexos alguno: «¿Valía para el Tribunal la palabra

Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), máximo representante del naturalismo literario, creía en el poder de la literatura para cambiar la sociedad, y desde sus inicios como escritor se aplicó a ello con gran empuje. Su capacidad de trabajo y la popularidad de sus novelas, traducidas a todos los idiomas y adaptadas al cine, le proporcionaron un éxito espectacular. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, por ejemplo, llegó a convertirse en el libro más leído en Estados Unidos después de la Biblia. Ese triunfo literario, sin precedentes en España, no le cambió. Siguió siendo hasta el final de su vida un escritor laborioso y comprometido, tanto desde un punto de vista ideológico como artístico.

*La barraca* (1898) es quizá la más conocida de las novelas de ambientación valenciana de Vicente Blasco Ibáñez, que la escribió a los 31 años. Abunda en pequeños cuadros paisajísticos, de corte naturalista, que figuran entre los mejores del género, y refleja su concepción de la vida como una lucha permanente. Su estilo es descriptivo, gráfico y sensual. La traducción al francés, en 1901, le dio en España un éxito que hasta entonces no había tenido, y le convirtió en un autor de prestigio internacional.



ISBN: 978-84-8025-516-5

